

Carande—, superaba en todo al de Munich, pese a las consabidas virtudes germánicas de organización, eficacia y perfección. Así don Ramón podía terminar su carta, afirmando: «Por esta vez, podemos sentirnos orgullosos».

Con ellos, también, dos de los conserjes más singulares del Archivo; su «fiel copista» (como le llamaba) y paleógrafo autodidacta, el señor Eutiquio —que tanto le ayudó en la transcripción de documentos, puesto que por entonces, aún no había llegado la famosa tecnología de las máquinas fotocopiadoras de hoy, tan horrendamente llamada «reprografía»—, y el señor Paulino, sempiterno cazador de grajetas en lo más alto de la torre del homenaje del Castillo, que después se comía, y al que don Ramón recriminaba sus «grajicidios», mereciendo esta socarrona réplica: «Nada, don Ramón; ave que vuela, a la cazuela».

Si cuento estas livianas anécdotas, es para demostrar cómo el ambiente de concordia, familiaridad y atención al investigador que en Simancas dominaba, captó al ilustre historiador y lo integró, como uno más, del Archivo, desbordando las estrictas relaciones profesionales de orientación, asesoramiento y prestación de servicios, para acabar en amistad profunda y recíproca.

Así del «Mi respetado Director», como le llama a Magdaleno en carta de 4-XII-44, se pasa a «Mi querido Ricardo», en otra de 24 de mayo de 1954. Las relaciones anudadas en diez años, las estancias otoñales de Carande —siempre septiembre, octubre y aun comienzos de noviembre, al menos durante los años 42 a 45—, y las episódicas de otras temporadas, fueron creando unos vínculos muy íntimos, en los que Carande hizo partícipes a todos de sus problemas y avatares; enfermedades y dolencias de uno de sus hijos («la enfermedad de mi hijo, me preocupa y me impide, de momento, precisar la fecha de mi ida a Simancas», 21 de mayo de 1954); matrimonio de su otro hijo Bernardo Víctor, con el tarjetón correspondiente («Ramón Carande Thovar, M.^a Rosa de la Torre de Carande, les participan el próximo enlace de su hijo Bernardo Víctor, etc... Octubre 1955»); entrañables felicitaciones navideñas; búsqueda de alojamiento en la ciudad («¿Podría V. proporcionarme algún hospedaje con habitación sola, limpia y tranquila? La última vez que estuve en Valladolid ya no fui al Hotel Moderno, etc.», 2 de julio de 1955); viajes y traslados a Capela («Dios mediante, saldré mañana para el campo», Sevilla, 11 de junio de 1954); etc.

Pero aún hay más. El liberal e institucionalista Carande, republicano —como tantos otros intelectuales y científicos de la época, tal el caso del doctor Marañón—, y agnóstico *sui generis*, se vio depurado por el Régimen con la pérdida de su cátedra. Humorísticamente, él pudo decir, ante este contratiempo —léase el prólogo de la primera edición de *Carlos V*—, que gracias «a no haber sido atendida la demanda del autor para reingresar en el servicio docente, la excedencia le ha permitido intensificar el trabajo y acelerar la aparición de este libro». Por ello su reincorporación a la docencia, la anunció con júbilo al Archivo: «También puedo darles una noticia que será de su agrado. Está, por fin, en marcha, la resolución de mi asunto de Sevilla, y acordado ya el nombramiento para la Cátedra que desempeñé tantos años. Todo llega, como se ve, y esto, no por tardío, lo recibo con menor agrado» (Almendral [Badajoz], 4 de agosto de 1945). La contestación desde Simancas —13 de agosto de 1945— no pudo ser otra que ésta: «La noticia de su integración a la Cátedra de Economía y Hacienda

de la Universidad sevillana, a la que tanto amor V. profesa, ha producido en todos nosotros suma satisfacción, pues ya sabe V. que en este viejo Castillo se le quiere y respeta». Porque el viejo Castillo —guardián de todo el contradictorio pasado hispánico—, seguía conservando en esos días —y aún hoy—, para el atado de los legajos de algunas de sus secciones, las cintas con los colores de la bandera republicana, que adquirió, precisamente, el director durante la II República, Reverendo Sr. don Gerardo Masa López, Presbítero, ya que los archiveros, como conservadores —tal es, al menos, el nombre que nuestros colegas reciben en Francia—, conservan todo, porque «todo» es Historia, y están, en consecuencia, al margen de esta manía de deshacer lo de antes (nombres de calles, símbolos, monumentos, listas de escalafones, etc.) porque era «de los otros», actitud, por otra parte, común a tirios y troyanos, y en el fondo, infantilmente voluntarista e irreal. De esta suerte, el agnóstico don Ramón, podía decir: «Dios les pague el afecto que Vds. me dispensan». Y en otra ocasión: «Sé, por Hamilton, las buenas ausencias que me hacen ustedes».

Don Ramón se integró también en el mundo de la cultura histórica vallisoletana —tan vinculada, a su vez, al Archivo—, y aún a tertulias literarias y artísticas, y en su correspondencia aparecen muy frecuentemente los nombres de Cayetano de Mergelina y Luna, Rector Super-Magnífico de la Universidad; Joaquín Pérez Villanueva, catedrático y decano de su Facultad de Historia, y más tarde, gobernador civil y jefe provincial del Movimiento de Segovia; Gratiniano Nieto, arqueólogo, catedrático y director general de Bellas Artes; su discípulo José Antonio Rubio Sacristán, actual académico de la Historia; Narciso Alonso Cortés, patriarca de las letras castellanas y académico de la Lengua; José María de la Peña y Cámara, otro castellano de Valladolid, emigrado a Sevilla, y viejo militante socialista desde su época estudiantil, lo que no le impidió ser director del gran Archivo de Indias sevillano con el general Franco; el pintor Sinfiriano del Toro, otro enamorado de Simancas y su paisaje, que incluso le hizo un retrato; y, el entonces joven profesor de Historia del Derecho, Alfonso Guilarte Zapatero, uno de los más eficaces colaboradores de don Ramón en Valladolid, y aún más en Simancas, revisando multitud de datos que Carande le enviaba para cotejarlos minuciosamente, máxime en este tipo de historia en que la estadística es fundamental.

Con ellos, también, el de una singular fémica, la norteamericana miss Alice Beatrice Gould, sempiterna investigadora de las tripulaciones colombinas, nombre por nombre, natural de Boston, y especie última del emigrante británico «a las colonias», que no había perdido aún la querencia por la «merry old England», ya que en su casa de Simancas, al amparo de los muros del Castillo, aún seguía tomando el té a las 5, bajo un retrato de Jorge VI y la bandera inglesa, frente a otro del presidente Roosevelt y la bandera norteamericana. Carande platicó largamente con ella, tanto en Simancas como en Sevilla, adonde se trasladaba en los inviernos, y cuando la veterana investigadora enfermó, pues ya era muy mayor, no dejó de interesarse por ella. «Estoy intranquilo por la salud de miss Gould» escribía en diciembre de 1949.

No voy a entrar aquí en una valoración de la obra histórica de Carande, porque ya lo han hecho los especialistas en su oportunidad. Pero sí decir que el historiador de la economía y la hacienda de Carlos V, llevado de su concepción «humanista» de la Historia, procuró adentrarse en los rasgos de la vida íntima de su personaje. Y así, don

Ramón conceptuó a Carlos V como capitán invicto, magistral diplomático, el mejor conocedor de los hombres de su tiempo, y, en definitiva, el hombre «cuya grandeza humana —son sus palabras— resplandece en la suprema renuncia que le llevó a Yuste, sufriendo, tan a menudo, amarguras sin cuento, no sólo de sus banqueros y prestamistas, sino de sus mismos generales, ministros, obispos y más de un Pontífice». ¿Exageración, tal vez? No lo sé. Sí sé, en cambio, lo que ya explicitó —teatralmente— Pirandello, con el aquel de los personajes en busca del autor, y que aquí es a la inversa; el autor a la busca del personaje. Es evidente que Carande quedó seducido por Carlos el Imperante, precursor de una Europa unidad y aún de un mercado común europeo, desde Castilla, y buena prueba de este pirandellismo, es el delicioso diálogo teatral que Claudio de la Torre escribió para la jubilación de don Ramón, entre el emperador y el propio autor, recordado, no ha poco, en un agudo e intencionado artículo de José Jiménez Lozano.

De la misma manera, algo hay que decir sobre el «ropaje» expresivo con que Carande escribió su historia, ajustado a unos cánones clásicos —aunque un tanto barrocos— del buen decir castellano, lejos de la jerga sibilina y tecnocrática dominante hoy. Como todas las grandes figuras intelectuales de su generación —Menéndez Pidal, Américo Castro, Eduardo de Hinojosa, Gregorio Marañón, Ramón y Cajal, Sánchez Albornoz, etc.—, don Ramón se expresó bellamente, y rotuló los capítulos de su obra con títulos obstinadamente literarios y sugerentes. ¿Quién podría decir —por ejemplo—, que detrás de «Las llevaderas alcabalas» (uno de los capítulos de su *Carlos V*) hay todo un denso tratado sobre impuestos, tributos y gravámenes? Recuerdo que en una de sus numerosas estancias simanquinas, se puso la capa castellana de Eutiquio, y así se hizo fotografiar ante las murallas del Castillo. Parecía, talmente, un pastor... intelectual de «Rebaños y Vellones» —otro de los acertados títulos literarios de su obra—, en el que jugaba, muy irónica y lingüísticamente por cierto, con el doble significado de «vellón» como moneda de la época y vedeja de lana. Hasta el título de una de sus proyectadas conferencias en Valladolid —que luego no se dio—, era bellamente literario: «La economía del siglo XVI, desde el otero de Simancas» (carta de 1 de septiembre de 1944).

«Desde el otero de Simancas» —siquiera sea simbólicamente—, yo he querido evocar aquí las relaciones de este hombre con el Archivo más universal de Europa, fuente inagotable de su obra maestra y refugio de su persona en horas, para él, difíciles, y en donde encontró siempre afecto, comprensión y aliento. Y le evoco ahora —yo le conocí ya en su ocaso, y aún conservo alguna estimulante carta suya de felicitación ante mis pequeños artículos y disquisiciones históricas—, con pena y tristeza. Porque este gran don Ramón, de plateadas melenas y gruesas gafas de buho sabio, escrutador incansable del pasado e intérprete del mismo, no tan sólo desde una óptica hacendística y economicista, sino existencial y humana, castellano ecuménico y nada «castellanista» hasta el punto de llamar al comunero Acuña, el «Obispo ahorcado» (carta a Plaza, 12 de diciembre de 1957), liberal convicto e institucionista, ha muerto —muy lejos ya de sus presuntos agnosticismos—, como los viejos patriarcas bíblicos, *in senectute bona*, anciano y lleno de días, y rodeado de sus hijos, a los que ha pedido —cristianamente— perdón.

¡PAX ET HONOR EI!

Amando Represa